

GRAN PEÑA
MADRID

Señor don
Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi querido amigo:

Me refiero a sus postales.
Cuando lo de su cesantía,
hubiera yo deseado que
fueran los "intelectuales" o
los que así se llaman,
pero testasen en masa, y
recuerdo que así lo dije
a varios amigos, pero
es muy grande la inci-
perencia de las almas
ante la injusticia
del mundo, aun de
las almas afectuosas
y buenas, como si



En suma la encuentro
ser natural.

A un hombre como
usted, por lo demás,
nadie puede quitar
le nada. Su opulencia
de su espíritu lo
coloca en una aristo-
cracia esencial.

Conviene — ya lo sabemos
— que los seres selectos su-
fran y sean apremiados.
La Divinidad nunca
ahorra estas cosas, que
prodigo a Jesús, a los hom-
bres superiores. Usted
llegará en el tiempo,
estoy seguro, a ver todo
eso con una miseria.

ardiosa melancolía.

Usted está llamado,
después de tanto ca-
lar y pensar y abun-
dar, a encontrarse
"de manos a boca" con
Dios, como con un
viejo amigo y va usted
a decirle qué le pasa como Mayen-
ce, el heroe del "Viaje
del Centenario" que acaba
de leer: "C'etait si simple
que cela... Invera sen-
cillo, no: era mucho muy
difícil; pero usted va
burlando lo mucho
muy difícil. Com-
préndele mejor que na-
die lo vanidad de
las ideas, que son
como las nubes

a veces reptan decientes,
pero que siempre nos
companion el cielo.

Yo aprendo mucho le-
yéndole, porque es usted
sincero siempre y sim-
pre fuerte. Y porque es
carba en la entranza
mima del misterio.

Recuerde la paz, la
paz que merece como
pocos y que hace en-
contrar muy pronto.
No importa que no nos
veamos. Estarnos muy
cerca.

Sabe cuanto lo quiero.

Perro

